

La ciudad lacustre de Pedro Moctezuma Barragán

Elena Poniatowska

¿HACE CUÁNTO QUE LA CIUDAD de México-Tenochtitlan dejó de ser una gran cuenca y perdió los ríos, los lagos y el agua que deslumbraron a Bernal Díaz del Castillo? ¿Dónde quedó esa belleza de la que sólo perdura una pequeña parte en las chinampas de Xochimilco, que por su radiante frescura fue declarada patrimonio de la humanidad?

La “Venecia de América”, como la llamó el primer cronista de la Conquista, edificada sobre un islote de más de 13 kilómetros cuadrados y habitada por cerca de 200 mil personas, dejó de serlo hace tiempo y ahora se ha vuelto una ciudad contra la gente. Más de veinte millones cruzan las calles y todos queremos andar en automóvil sobre la llamada mancha urbana que alcanza una superficie de 1,475 kilómetros cuadrados.

Así como Alfonso Reyes preguntó: “¿Qué habéis hecho con mi alto valle metafísico?” en su “Visión de Anáhuac”, Pedro Moctezuma Barragán en sus siete cuentos y dos crónicas ilustrados por los jóvenes Malinalli y Aurora Moctezuma con gracia y buenos colores, nos pone a temblar al enseñarnos que no somos dignos de nuestro pasado, que hemos cubierto el color jade del Valle de México con una inmensa plancha de cemento en la que apenas si logran levantarse millones de construcciones cojas y mancas, pardas y deformes bajo un cielo gris de smog y de basura. Allí donde hubo verdor se agrietan los envases desechables. Esta es la ciudad en la que ya no se ven los volcanes, en la que los canales se convirtieron en franjas de pobreza y de infección, en la que el smog nos envuelve y alcanza niveles de contaminación que dañan los pulmones, “en la que el olor a humo sustituye el aroma a pino y a anís” acompañado por el estruendo plomizo de un tráfico implacable cuando

la nuestra fue una ciudad movediza, una isla flotante en cuyos canales las barcas llevaban flores, frutas y verduras.

Nuestra ciudad hubiera sido muy diferente si en lugar de segundos pisos y pasos a desnivel todavía se conservaran el río Churubusco, el Canal de la Viga, el lago de Texcoco, el lago de Zumpango y el de Xaltocan, el de Xochimilco y el de Chalco y los mantos acuíferos que han sido sobre-explotados cuando no desecados. Pedro Moctezuma Barragán (que no en balde se apellida Moctezuma) rescata esos paisajes antiguos en su “Ciudad lacustre” publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana. A través de sus palabras hábilmente enlazadas, nos hace añorar un pasado no muy lejano, cuando en la cuenca de México se podían ver garzas, peces, patos, chichicuilotitos y se escuchaba el fluir del agua y el canto de las aves.

Además de descubrirnos nuestra historia, Pedro Moctezuma Barragán también se descubre a sí mismo, ofrece su pecho en la batalla como Moctezuma y sus confiados mexicas, sus caballeros águila y sus caballeros tigre lo brindaron a los escopeteros, a los ballesteros de la Conquista, los hombres con armas de fuego montados en ciervos sin cuernos. Al escribir, Pedro Moctezuma Barragán se expone a sí mismo y nos da a conocer a un hombre bueno y compasivo, capaz de arrancarse el corazón para defender al otro, un protector que sabe aliviar el dolor de quienes todavía viven en casas de cartón, un caminante que ha recorrido colonias cada vez más alejadas de cualquier servicio, colonias en las que no aparece el agua y los niños mueren deshidratados, en las que los conductores de autobuses machucan a un niño y escapan, (“¿qué puede hacer un niño contra un camión?”- se pregunta Pedro) en las que las tolvaneras

cubren los jacalones y el gas (cuando hay) explota y mata a toda una colonia como en San Juanico, en las que un terremoto libera de la cárcel a dos presos, uno de ellos un delator que por cierto lleva mi apellido materno y se llama Jesús Martínez Amor.

Pedro Moctezuma nos regresa a nuestras raíces, nos deletrea la vida pasada, desde Matlalli la sembradora que gestó nada menos que al abuelo del maíz hasta Tecuichpo, hija favorita de Moctezuma, la valiente niña mexica mejor conocida como Isabel Moctezuma, quien combatió al lado de Cuitláhuac y Cuauhtémoc contra los españoles. “Techuichpo” es el cuento más largo del libro, pero no es menos bueno y eficaz que “Humo Blanco”, un texto dedicado al asesinato del arzobispo Oscar Arnulfo Romero. Cuentos y crónicas tienen un denominador común: la compasión y la certeza de que puede cambiarse el legado maldito de la Conquista, de que bajo la sobre-explotación hay mantos acuíferos y bajo la dureza y la indiferencia puede brotar el agua del consuelo y la ternura. Así lo vemos en el cuento que lleva el título de “El levantamiento de mujeres” que conmueve especialmente porque se trata de la muerte de niños exactamente como ahora en la guardería de Hermosillo en



Grabado 4, de la serie gente sola, aguafuerte aguatinata, 2005

la que el número asciende a cuarenta y ocho. ¡Agua, agua! grita Pedro Moctezuma en su tragedia futurista. También sopla el frío interior en Tlahuizchan que enciende el fuego nuevo en el Cerro de la Estrella y el de un viajero espacial que vive días funestos al regresar a México después de nueve mil años e insiste en el contraste de la ciudad monstruosa que hoy habitamos con la Tenochtitlan de hace quinientos años, en cuya superficie se reflejaban los tiempos felices del lago de agua dulce. Hace unos días, un jardinero le rindió tributo a Xochimilco al declarar que ese charco les había dado de comer durante muchos años. Así lo llama: “charco”, cuando Bernal Díaz del Castillo consideró que nuestra cuenca con agua por todos lados era una visión del cielo. El gran Moctezuma la defendió de los conquistadores y le pidió a Cortés desde una azotea que cesara la guerra y que se fuera. “¿Qué quiere ya de mí – le preguntó con gran dolor–, que yo no deseo vivir ni oírle?” Ya le habían dado al Conquistador el oro y las joyas, ya le habían entregado las doncellas, ya lo habían recibido como un dios que viene del otro lado del mar; a Moctezuma ya sólo le quedaba morir como mueren los que no entienden la traición ni la felonía.

Además de rendir homenaje a nuestros antepasados, “Ciudad lacustre” nos habla del México subterráneo, el México profundo de Guillermo Bonfil, el de nuestro origen y nos ofrece una clase de historia. La sensibilidad y el oficio de Pedro Moctezuma Barragán –hombre solidario con las causas sociales en esta época en que es imposible callar–, nos transportan hacia un México perdido. Además de leerlo, tenemos que agradecerle su defensa del agua y del ambiente y su inclinación hacia aquellos que preguntan angustiados “¿qué será de nosotros?”

El último cuento, el que lleva precisamente el título de “Ciudad lacustre” es un canto de esperanza, una historia de amor, un nuevo principio. Todo regresa, todo se reinaugura, vuelven los lagos, vuelven los pinos, los oyameles y los encinos: “Tláhuac, Tulyehualco y Mixquic producen quinientas mil toneladas de verduras anualmente, los lagos de Zumpango y Texcoco han sido recuperados, al oriente del último, los jardines terracedos de Tecutzinco ideados por Nezahualcóyotl, florecen después de cinco siglos de abandono”.•

FIN

Elena Poniatowska: Escritora, novelista y cronista de la vida contemporánea mexicana. Doctora Honoris Causa por la UAM. Correo electrónico: elenaponiatowska@prodigy.net.mx